Prólogo

La idea de este libro la concebí, en un principio, para un encargo. La demora en el tiempo, sin embargo, dilató los compromisos incumplidos hasta romperlos. Bastantes años antes, en 1996, había publicado *Las columnas del periódico*, mi primer trabajo académico, que me aquejó de algunas insatisfacciones si bien también me solventó dudas irresolubles entonces con las que acometer próximos entuertos. Los años fueron pasando inexorablemente, pero aquel libro imposible no lograba doblegarlo al olvido. De manera que fue creciendo de manera paulatina e irregular. En el transcurso de este periodo de tiempo asistí a jornadas, congresos y cursos de verano para exponer mis puntos de vista, mis lecturas propias, mis conclusiones y mi solvencia en torno a un género que se nos mostraba tozudo y que se nos antojaba inclasificable. Aquel primer trabajo me sirvió de germen, sin embargo no quería repetirme en mis argumentaciones ni recurrir en demasía a un pasado que abordaba textos distintos y nuevos en continua transformación. Aproveché de aquel volumen algunas citas y desarrollé aspectos que todavía me seguían siendo útiles. El horizonte, sin embargo, amplió su panorámica hasta el punto de que la dificultad más recurrente se centraba en cómo delimitar y atajar el proyecto sin que su extensión agotara el dinamismo de su lectura, y al mismo tiempo sin que unas dimensiones idóneas abrieran vacíos imprescindibles de abordar en una línea de investigación relativamente novedosa.

Pese a todo, logré concluir su redacción con un grado de satisfacción que me sedujo. Necesitaba ya pulsar la tecla del punto final. Ya sólo pensaba en enviar el original a una editorial que le pudiera interesar el trabajo. Pedro J. Crespo, como en otras ocasiones, aceptó de buen grado hacerse responsable de su publicación. Incluso concluido el libro, no lograba hacerme con un título que lograra contener toda la potencia renovadora de un género siempre en germen. Me ocurrió sólo con este

libro. Nunca con otros, en los que el título era la pieza principal en torno a la cual giraba y se desarrollaba el contenido de sus páginas.

La columna es un género creado desde el periódico y para el periódico. Condicionado por la actualidad y la inmediatez del oficio, y condenado a habitar la periferia del diario para contrarrestar con fantasía, frivolidad y un lenguaje nuevo, los contrastes de las cifras macroeconómicas, los conflictos bélicos antes de caer de moda o las revoluciones atajadas de cuajo que abren las noticias de la primera página. Pero la columna es periodismo y es también literatura. La escriben periodistas y escritores. Recoge todos los registros, incluidos aquellos que no alcanzamos a intuir o imaginar. Y la podemos clasificar entre los géneros periodísticos de opinión y entre los géneros creativos a su vez, porque tampoco la fabulación le es ajena. Incluso podríamos afirmar que, en ocasiones, la ficción le es el recurso más útil para describir la realidad.

Releído después, pienso que valió la pena el tiempo que dediqué en este empeño. Mi padre se hubiese sentido muy orgulloso al abrirlo entre sus manos, del mismo modo que siempre se vanagloriaba de mis publicaciones. Siempre lo recuerdo conduciendo su Seat 124 cuando entrábamos en Madrid para matricularme en Periodismo. Creo que no llegué a decepcionarle, y él siempre presumió de aquellos libros que nunca leyó porque no lograba descifrar sus mensajes, pero sabía sin asomo de dudas que su esfuerzo y el mío habían valido la pena. Por eso le dedico estas páginas, pues sin su tesón y su confianza no sería hoy quien soy, ni este libro habría sido hoy lo que es: un sueño que nunca deseché.

Antonio López Hidalgo
Gelves, a 19 de diciembre de 2011

© *by* Comunicación Social Ediciones y Publicaciones

I.

El origen del columnismo en España y los primeros estudios sobre el género

1.1. La columna y el periodismo moderno

Con la Transición democrática nace —como ahora la conocemos— o renace la columna periodística, si bien Luisa Santamaría y María Jesús Casals entienden que, ateniéndose al sentido estricto de la columna periodística en cuanto a sus exigencias de periodicidad, espacio y características literarias, se podría situar su nacimiento durante el siglo XVIII en toda Europa coincidiendo con la difusión de los primeros periódicos (Santamaría Suárez y Casals Carro, 2000: 291). Sin embargo, Fraser Bond ha escrito que el origen de la columna en Estados Unidos se remonta al último cuarto del siglo XIX. Hasta 1870, el periódico norteamericano era el órgano de expresión de un individuo, es decir, de su director. A partir de esta fecha, el periódico se vuelve más personal y el lector busca el artículo firmado. El cambio se produce cuando el periódico se transforma en un negocio de grandes proporciones, su organización se hace más compleja y se extiende el campo del comentario editorial. El lector prefiere identificar la firma del periodista y se distancia de los escritos anónimos. Esta circunstancia contribuye a que, frente al editorial anónimo que expresa la opinión del periódico en torno a un acontecimiento público, surgieran otros géneros periodísticos firmados que expresaban la opinión de sus propios autores. En este sentido, Bond es explícito (1974: 273 y ss.):

> Todos preferimos la personalidad al anonimato. Los lectores de aquellas primeras hojas anónimas probablemente las consideraban frías e impersonales; carecían de calor y vigor individual. En consecuencia, dieron buena acogida a la vuelta de lo «personal» en el columnista, aun cuando al principio indicaba la paternidad literaria sólo con sus iniciales. Es bien extraño que lo definitivamente personal haya llegado a la columna ya bien tarde en su historia y en forma más o menos accidental.

También Alexis Grohmann (2005: 2) entiende que el nacimiento de la columna está relacionado con la progresiva despersonalización del periódico y el editorial, con su paso del punto de vista de la primera persona singular a la primera persona del plural, es decir, «del 'yo' del director y redactor al 'nosotros' del colectivo de la redacción o la empresa entera y con la diferenciación de los distintos textos que componen el periódico». La columna, un género en un principio análogo al editorial, surge cuando éste pierde su carácter personal, y se define precisamente por ser un texto firmado por una persona, como antes el editorial, una expresión de «una visión del mundo muy personal, una voz individual». Y añade:

> La larga tradición española proclive al articulismo es significativa no sólo porque de ésta beberá de un nuevo periodismo cuya evolución coincide con la Transición de la dictadura a la democracia en los años setenta del siglo XX, sino también porque potencia el cultivo de un género como la columna.

Edmundo González-Blanco, en su *Historia del Periodismo*, publicada en 1919, ha escrito que, en efecto, el periódico del siglo XIX era la voz de su director. El nuevo siglo, sin embargo, con el desarrollo tecnológico y la organización del trabajo periodístico, trae consigo la creación de la empresa periodística. Con el nacimiento de la empresa capitalista en el mundo del periodismo surge la necesidad, pues, de diferenciar las distintas voces: la de la propia empresa, a través del editorial, y la de los periodistas o colaboradores, a través de otros géneros de opinión, como el artículo o la columna (González-Blanco, 1919: 241 y 242). En 1943 González del Campo ya señala que el columnista es uno de los personajes que más popularidad y atención del público ha obtenido dentro del periódico moderno (González del Campo, 1943: 59):

> El columnista es generalmente el señor que escribe bajo su firma y cuyo trabajo tiene estilo o alguna condición impresionante para una parte del público. Se supone que el trabajo del columnista es más cuidadoso, más complejo, más interesante, que el confeccionado de manera anónima en el tráfago diario de la redacción. Se piensa que el columnista tiene mayor responsabilidad, mayor elegancia en su producción, precisamente porque en ella va jugando su propio nombre. Y se piensa, además, que el señor destinado a firmar sus trabajos, dentro de un periódico, es reputado más capaz y eficiente informador.

© *by* Comunicación Social Ediciones y Publicaciones

De cualquier manera, ha sido a partir de los últimos cuarenta años cuando en España el género se ha vestido de todas las posibilidades narrativas con que hoy cuenta y se ha diferenciado más o menos claramente de otros géneros aledaños. También Fernando López Pan entiende que no siempre se ha tenido el mismo concepto que el que hoy tenemos de la columna (López Pan, 1995: 12):

> Pues bien, la columna, a pesar de su corta historia, también ha sufrido cambios y transformaciones hasta que adquirió las características que hoy la definen como tal. Ha sido la suya una historia de crecimiento y absorción de otros géneros concomitantes.

Francisco Umbral, desentrañando los antecedentes del columnismo personal en nuestro país, advierte que éste siempre ha gozado de buena salud. Cita, por ejemplo, a Larra, a Mesonero Romanos y a Mariano de Cavia. De la generación del 98 destaca sobre todo a Miguel de Unamuno y Azorín. Se entusiasma con Ortega y Gasset, de quien dice que «se cargó la monarquía y trajo la República con sus artículos de prensa». También cita a esa brillante generación de escritores de periódico que fueron los prosistas de la Falange. A esta tradición española, Umbral une la huella francesa, pues considera que el periodismo del país vecino siempre fue muy literario, así como la influencia norteamericana, es decir, la influencia del nuevo periodismo de los años sesenta, con nombres como Norman Mailer o Salinger, Truman Capote o Tom Wolfe. El franquismo le había cortado las alas a este género y, como consecuencia, con la Transición democrática asistimos a su florecimiento, de tal manera que no hubo ni hay periódico de ámbito provincial que no cuente con su columnista o columnistas. En este sentido, Umbral, en una entrevista con Emma Rodríguez publicada en el suplemento *UVE* del diario *El Mundo* el 26 de julio de 1993, comenta:

> Sólo en una democracia está permitido que la información objetiva y la línea editorial de un determinado medio se acompañe con la opinión personalísima y subjetiva de un individuo, al que por razones —de ideología, literarias o de estilo— se le concede una capacidad de opinar que, como se ha comprobado, interesa al público.

En todo caso, es César González-Ruano quien definitivamente influye en la columna tal y como hoy la entendemos. En su polémico libro *Las palabras de la tribu*, Francisco Umbral asegura que González-Ruano

es el auténtico padre del columnismo personal en nuestro país, en un momento en el que era «nada menos que la última llama encendida y obcecada del Yo en reinos tan comunitarios como el periodismo y el Movimiento» y del que también asegura que tenía razón sobre los directores de periódico, que «sólo quieren objetividad, dato y aburrimiento». En el libro mencionado, escribe (Umbral, 1994: 253 y 254):

> La prueba es que le leían en la calle mucho más que a todos sus compañeros de grupo. Ellos querían ir a lo general, lo cual es una obviedad, y él iba a lo general por lo personal y particular, que en último extremo es lo que interesa a la gente. Como interesa el crimen del año, la boda del año, etc. El canibalismo intelectual y sentimental es algo con lo que hay que contar siempre, y por eso César echaba piltrafas de su propia vida enferma, usada y cotidiana.

En efecto, González-Ruano, como su auténtico precursor en nuestro país, sienta las bases del género en su aspecto más personal: en la presencia del «yo» y en el protagonismo del columnista en su propio texto. Umbral insiste en este aspecto (1994: 254):

> Este columnismo nuestro, aunque politizado, viene todo él de César, gran fabulador del Yo en tiempos difíciles y colectivistas/franquistas. Sus Memorias, en 1950, fueron un inmenso best-seller de la época, cuando todavía un éxito editorial no se llamaba así, y es que la gente, cansada y anonimizada por Franco, tenía ganas de que alguien le contase algo personal, concreto, el glorioso chisme literario. Nada menos que eso ha representado César en la vida literaria de la larguísima posguerra, hasta su muerte en el 65, pero nadie ha caído en la cuenta ni se ha preocupado en demasía de estudiarlo. ¿A qué se debía su triunfo, a que escribía bien? Muchos escribían bien y mejor que él en la generación que venimos estudiando. Su triunfo se debía a que él daba vida, su vida en porciones, mientras los otros daban la historia, la erudición y el trirreme.

El propio González-Ruano era consciente de este valor y él mismo se expresaba así (Perlado, 2007: 68):

> Mi experiencia personal me dice que es la intimidad, la confidencia, la confesión de lo que a mí me pasa lo que resulta más atractivo para los otros, más popular, de éxito más seguro. El artículo puede girar alrededor de un hecho o de una divagación. La actualidad del artículo es difusa.

© *by* Comunicación Social Ediciones y Publicaciones

1.2. El auge de un nuevo género periodístico

Desde 1975 asistimos, como se ha dicho, a un auge sin parangón de la columna, que contribuye a la configuración de un género en gran medida nuevo en las letras españolas, según el profesor de la Universidad de Edimburgo Alexis Grohmann (2005: 2), para quien es un género heredero de fuentes autóctonas y de una rica tradición de simbiosis entre literatos y prensa y de la prosa «impertinente» de aquellos que desde hace por lo menos dos siglos «se han introducido en los periódicos». Con Grohmann compartimos el principio de que la columna como género propiamente dicho y en el sentido como lo entendemos hoy no surge hasta el siglo XX. De hecho, sólo hasta mediados de este siglo no aparece una referencia a ella en la *Enciclopedia del periodismo* publicada en 1953. Sólo se la nombra pero no se le dedica ningún capítulo. Para Grohmann este hecho es significativo, pues sólo hasta los años sesenta empieza a adquirir cierto relieve como género. En este sentido hacemos nuestra su opinión cuando afirma que, desde un punto de vista histórico, la columna nace en España en el siglo XX pero no prolifera hasta la segunda mitad del siglo, experimentando su apogeo en la época posterior a 1975.

Como ya hemos señalado, la columna no surge del vacío. Morán Torres afirma que, históricamente, podemos considerar que la columna actual responde a lo que «en el viejo periodismo era el artículo de un colaborador fijo, denominándose columnista al que antes se llamaba articulista» (Morán Torres, 1988: 165). Con la Transición democrática, el nuevo género no sólo acapara páginas de la prensa diaria. También las revistas encuentran en la columna un recurso útil para atraer la atención del lector. En este sentido, Teodoro León Gross comparte la opinión de Morán Torres (León Gross, 1996: 125):

> No es casualidad que en las revistas también las firmas de la prensa, al cabo, constituyan una referencia y un aval de ventas, porque una de las consecuencias del decenio de los ochenta en la prensa será precisamente el creciente prestigio y valoración en la prensa del columnismo inspirado en el articulismo tradicional español, es decir, el costumbrismo político sazonado en prosa satírica y lejano de la frialdad del análisis.

Esta herencia que recoge la columna del artículo es precisamente la mayor dificultad que encuentra el investigador a la hora de delimitar ambos géneros. Así lo entienden buena parte de los autores, como León

Gross o Grohmann. Éste último puntualiza que del artículo del siglo XIX y principios del XX a la columna actual media «un paso casi imperceptible». Ya hemos visto cómo Umbral considera a Larra uno de los claros antecedentes de la columna actual, pero también así lo entienden otros muchos autores. El creador del artículo literario en España es también el antecedente más significativo del columnismo contemporáneo, señala Grohmann, por su profunda preocupación por la utilización de la lengua, su concepción del articulismo como un género literario, la primacía concedida al estilo y los recursos retóricos, la ficcionalización de la realidad y del «yo», y su empleo de la parodia, la sátira, el humor y el *ridiculum* en general con fines críticos (Grohmann, 2005: 2). Pero si hablamos de Larra también debemos hacerlo de otro de los padres del artículo literario: Ramón de Mesonero Romanos. Y a ellos debemos sumar nombres como Ramón de Campoamor, Gustavo Adolfo Bécquer, Serafín Estébanez Calderón, Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, Benito Pérez Galdós o Leopoldo Alas «Clarín». En efecto, como afirma Cruz Seoane, la edad dorada de la literatura de periódico se extiende de 1898 a 1936. Los autores de las generaciones del 98 y del 14 fueron en buena medida periodistas o escribieron en periódicos. Los miembros de la generación del 27 no sólo eran poetas, también articulistas. Pero también la luz gris de la posguerra vivió alumbrada por articulistas como Josep Pla, Víctor de la Serna, Rafael Sánchez Mazas, José María Pemán o César González-Ruano. No obstante, la censura del régimen franquista no permitió que el articulismo desembocase aún en el concepto que hoy tenemos de columna periodística. Para alcanzar esta madurez, necesitaba proveerse de una de sus principales características: la libertad. La ley Fraga de 1966, aprobada en Cortes el 15 de marzo, inicia el proceso denominado «aperturismo», en el que la censura previa se compensaba con otros procedimientos de control. Pero la libertad del artículo tenía sus límites allá donde faltara el respeto a la verdad y la moral y en el acatamiento a la Ley de Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales. El camino andado aún no era suficiente y el puente que se construía hacia una transición pacífica parecía todavía elevado.

Muerto Franco, el columnismo estalla en el periodismo español. No sólo en los periódicos del Movimiento que van conociendo nuevos dueños, sino en toda aquella prensa que nace a la sombra de una democracia incipiente. Todos los diarios cuentan con su propio columnista. No es un fenómeno aislado y centralizado en Madrid, sino que se extiende a todas las provincias. El centralismo informativo ha mostrado una realidad difusa e imprecisa en este sentido que se hace necesario estudiar

© *by* Comunicación Social Ediciones y Publicaciones